

*LA EMOCIÓN POÉTICA DEL TOREO
EN JOSÉ BERGAMÍN*

Fernando Bergamín Arniches*

«Nunca aprenden lo necesario por
haber aprendido lo superfluo»

Séneca



a aparente actitud polémica o contradictoria con la que muchos han visto las opiniones y reflexiones toreras de Bergamín en sus muy diferentes escritos taurinos –como en el resto de su obra literaria tan variada y diversa en géneros– desde el ensayo puro, la obra teatral, el aforismo... y sobre todo la poesía, no ha sido muchas veces acogida con entendimiento. Tendrían que empezar sus lectores *críticos* por comprender bien la opinión del propio Bergamín sobre las *opiniones*, ¿podríamos decir de la crítica, de la pesante y rigurosa aplicación filológica hecha por muchos sobre su pensamiento siempre vivo y por lo tanto paradójico por poético y puro? Yo pienso que tal vez sí.

Cuando en el año 1926 el gran poeta y amigo Luis Cernuda, le escribe pidiéndole su opinión o crítica a uno de sus primeros libros de poesía, mi padre José Bergamín contesta en carta del 11 de marzo del mismo año: «no le daré mi opinión en plan de crítica, no se hacer crítica afirmativa –creo que no existe la crítica afirmativa– quiero decir, que cuando una cosa está bien, no hay que buscar más razones que justifiquen o expliquen su propia positividad». Quiero añadir aquí unas palabras de

* Escritor y articulista.

Nigel Dennis¹, porque por supuesto nos sirven también para la poética del toreo en José Bergamín: «Los ensayos de Bergamín tienen muy poco que ver con la crítica académica o convencional; huyendo de la pedantería profesoral, nuestro autor prefiere ubicarse limpiamente ante la obra de arte y dar testimonio de su encuentro personal y directo de ella, expresando la admiración y el asombro que le inspira». Lo hace, continúa Dennis, «de una manera natural a sus propios instintos líricos»; por eso añade: «de su generación se le puede considerar el máximo pensador poético»; y termina Nigel con una frase que mucho nos interesa para este artículo: «resulta imposible, en su caso particular, deslindar la crítica y la creación». Yo añadiría: así como nos sería imposible encontrar en sus textos una línea continua de pensamiento que no sea *pasional*. «La pasión no quita conocimiento, lo da», escribió Bergamín en un conocido aforismo suyo.

Por fin el año 2008, gracias al Consejo Superior de Investigaciones Científicas C.S.I.C.² y algunos imprescindibles colaboradores amigos³, conseguimos publicar el libro *José Bergamín / Obra Taurina*, donde por primera vez se reúne su obra taurina prácticamente completa, sin que falte ningún título fundamental, quedando fuera tan sólo algunos pocos artículos de prensa, aunque la mayoría quedan recogidos en los títulos principales de los libros presentados en esta edición.

¹ Catedrático de literatura española (Universidad St. Andrews-Escocia), es autor de varios libros sobre la obra de José Bergamín, de la que es experto conocedor.

² Editado por el Departamento de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (octubre 2008).

³ Quiero recordar muy especialmente a Miguel Angel Puig-Samper, Director de Publicaciones del C.S.I.C.. Así como a Javier López Reboledo que idea y contacta la edición. A Fernando Cisneros Manrique que la sigue y coordina sin tregua. A José Alcázar autor de la fotografía principal. Así como a Rafael Cabrera Bonet por su interés constante. Señalar la importancia del trabajo de Cecilia Bergamín Serredí, por el diseño gráfico general de la edición. Y desde el interior del C.S.I.C. a Debora Barrado por su impecable trabajo.

Es el mismo *entendimiento* profundo y poético del toreo el que está presente en toda la obra, y esto es lo que más nos interesa resaltar. Desde su primer libro taurino, *El arte de Birlibirloque*, publicado en Madrid, 1930 (Ediciones Plutarco), que resultará ser la apología de Joselito el Gallo frente a Juan Belmonte, hasta su último libro, *La claridad del toreo*, publicado en Editorial Turner el año 1983 y dedicado a Pepe Luis Vázquez. Este libro que es en realidad una recopilación de artículos y textos seleccionados por Gonzalo Penalva⁴, pero no revisado íntegramente por mi padre, que no llegó a escribir antes de su muerte lo que el pensaba sobre la *claridad torera* de Pepe Luis Vázquez. Con anterioridad se había publicado —ya en esta segunda época— el libro más conocido de este momento, y que naturalmente se encuentra en esta edición de Obra Taurina: *La música callada del toreo* (Turner 1981), libro dedicado casi íntegramente a Rafael de Paula, pasión torera de Bergamín, a quien hace su verdadero *cante*, *que no canto* de su música callada del toreo. El libro es para Rafael... pero también se puede leer su reconocimiento a Juan Belmonte, a su estilo, su clase y *hondura*, lo que escandalizó a muchos críticos estudiosos. Además se puede sentir su gusto visionario por otros toreros gitanos como *Cagancho*, Curro Puya, Gitanillo de Triana. Quiero repetir y dejar bien claro que la *Música Callada* es el libro que escribe Bergamín por y para ese torero único, personalísimo, genial y gitanísimo que fue para él Paula, así como su amigo del alma... Rafael. Creo que fue el torero que más sintió y pensó, en su *decir* y *hacer* el toreo, en el desgarrado milagro efímero del sentimiento y el espíritu de la creación torera.

⁴ Doctor en filología hispánica, especializado en José Bergamín y autor de varios libros fundamentales de su obra, como su aproximación biográfica al autor (*Tras las huellas de un fantasma* Turner, 1985), única biografía existente de José Bergamín.

No quiero caer en el dato, siempre prescindible para mí, como lo fue para mi padre, que precisamente nos lleve a lo superfluo. Sí me parece necesario insistir en sus gustos de *visionario taurino* (nunca quiso llamarse aficionado ni entendido), porque me parece fundamental repetir que su emoción y sentimiento poético del toreo, su pensamiento, su sentido como creación espiritual viva y efímera siempre, en el *decir y hacer* de sus formas, de ver de una manera personalísima y de sentir el toreo a través de aquellos pocos o muchos toreros durante su larga vida de *visiones memorables*, esas visiones irrepetibles que son siempre las mismas, iguales en su manera de sentir *las artes mágicas del vuelo* —como siguiendo al clásico—, llamaron siempre al «cante, el baile y el toreo». Lo mismo en José que en Juan, en José la poética de la inteligencia, el dominio, y la gracia angelical sevillana, en Juan, la hondura del pensamiento más desgarrado, pero en los dos, una misma espiritualidad poética. Como más tarde en Rafael de Paula y su *pensamiento en conmoción*, sutil y barroco, trágico y decisivo, en las mismísimas *fronteras infernales* de su decir poético.

Volverá siempre a la gracia que vuela en claridad de Pepe Luis Vázquez, a la Ronda de aquel Niño de la Palma, que termina en el gran Antonio Ordóñez. Pasa y se detiene en la naturalidad de uno de sus predilectos: Antonio Bienvenida, torero total, torero en su palabra y en su ser. Sintió también un gran entusiasmo por el último Manolo Vázquez y naturalmente fue para él fundamental el gran Curro Romero y su *canto, que no cante*⁵.

⁵ No sería justo dejar de señalar toreros que vio y valoró enormemente en su momento: la gran figura del toreo que fue Paco Camino, El Viti, Antoñete. Más tarde, ya no pudo ver a José Miguel Arroyo *Joselito*, con su toreo templado y melancólico, como en aquella inolvidable tarde del 2 de mayo de 1996 en Madrid, día en que lidió y mató clamorosamente seis toros cortando ocho orejas. Aquella hubiera sido otra tarde de *visiones memorables* de Bergamín en una Plaza de Toros, como lo fue la tarde única de Paco Camino en la corrida de Beneficencia del año 1970 en Madrid. Aquel 4 de junio, salimos casi llorando de la Plaza.

A Manolete le da Bergamín su sitio único y especial en el toreo. Le deslumbra su ética senequista y cordobesa y su estética no comparable a ninguna, hasta en aquellas vueltas al ruedo inolvidables del *monstruo* en la Plaza del Toreo mexicana. También precisamente en aquel México (tan distinto al de hoy), hace más memorables aún su sentido de aquellos toreros especiales y grandes que vimos juntos, siendo yo aún niño, pero siguiendo ya la pasión bergaminiana por aquella forma de torear: Lorenzo Garza, Luis Castro *El Soldado*, Luis Procuna, Silverio Pérez... la finura y clase de Luis Briones, de los hermanos Solórzano y de otros más, de aquel oro puro del gran México taurino de aquellos años 45-50. Y entre los toreros llamados largos y poderosos, que también le gustaban –a pesar de la mal llamada técnica que los singularizaba– no puedo olvidar al maestro Fermín Espinosa Armillita (el grande), como después en España su admirado Luis Miguel Dominguín (uno de los toreros decía, con los que mejor me he entendido siempre, y mejor he podido hablar de toros.) ¿Otra paradoja de Bergamín? Pues bendita sea. Siempre mantuvo en el recuerdo a su querido amigo Domingo Ortega, del cual comentaba: «me gusta más ahora en festivales y en el campo, que cuando toreaba de luces. Tiene una clase, un sabor y un estilo que no tenía su toreo de gran poder pero casi siempre monótono en su línea lidiadora de otros tiempos».

Ahora, no puedo silenciar nombres de toreros que no alcanzó a ver y, que sin embargo, para él hubieran entrado en su más profunda música callada del toreo: José Tomás (el único, y no puedo explicar más) le hubiera traído tantas cosas del pasado, por su ética más desnuda que no sé cómo hubiera *resistido*, con admiración y pasión sin duda. Así cómo la gracia, el valor y ensoñación sevillana de Morante de la Puebla, clásico y barroco, profundo y alado como él sentía el toreo. Y un Julito Aparicio, con el que hubiera compartido su temple mágico de arte, como con Javier Conde cuando da lo que lleva dentro... que es mucho,

aunque muchos no sepan verlo. Peor para ellos. Pasión y gusto, hubiera sentido por el temple y buen toreo melancólico...y enorme de José Miguel Arroyo *Joselito*. A Pepe Luis Vázquez Silva si alcanzó a verlo, y disfrutó como pocos de su naturalidad y sabor torero, que él decía heredados de Antonio Bienvenida y naturalmente de su padre. Estos toreros también hubieran estado dentro de esos sentimientos suyos o *pensamientos en conmoción* como dejó dicho Unamuno. Mi padre repetía: «la emoción del toreo, para el que lo hace como para el que lo ve, nace de ese pensamiento conmovido».

Del espíritu, de la poesía, de la creación. Sólo así supo José Bergamín ver todo el toreo. En casi 80 años. Desde el mítico Antonio Fuentes a su siempre admirado y admirable Curro Vázquez. Por eso sólo le gustaban los toreros que lo fueran de verdad. Pocos o muchos, pero siempre por los mismos *sentimientos, que no razones*. Nunca quiso estar con los que sólo aprenden lo superfluo como dijo Séneca. En nada. Su fidelidad, que en el fondo fue en él siempre *libertad*, la llevó hasta el final de su vida en todo. No solamente en el toreo.

